

Impresiones de Alemania

José Ramón Alberdi, S. J.

NUEVAS IGLESIAS PARA NUEVOS TIEMPOS

Una de las primeras cosas que impresiona en Alemania es la victoria del arte sagrado moderno. Después se observa que esta victoria se extiende a todo arte. Entra uno en las iglesias y queda sorprendido de la novedad. Lo mismo ocurre en las librerías si va uno a comprar postales; profusión de postales con reproducciones de la pintura abstracta; Picaso en todas las esquinas. En cualquier parte del mundo se encuentra uno con una postal de pintura moderna, pero en las tiendas se aquí se ve que esta clase de reproducción constituye el objeto mas general y popular en venta. En el interior de las casas, sobre reclinatorios y mesillas de noche, en oratorios, junto al agua benditera, en los porches, por todas partes multitud de imágenes crucifijos, todo en líneas modernas, estilizadas. Lo que en otras partes constituye novedad, rareza, capricho o audacia, aquí es normal. Lo mismo en las capillas de las monjas que en la parroquia de un suburbio.

Naturalmente que no todo en esta corriente de modernismo es siempre de buen gusto, hay de todo. Pero la orientación general impresiona muy favorablemente. Las iglesias tienen más carácter de lugares santos de sacrificio y de oración. La moda de los inmensos altares de marmol o de piedra, desnudos de todo artificio sugieren espontaneamente el significado del misterio que en ellos se celebra, el destierro de las imágenes —a veces demasiado radical— es una reacción saludable contra la sensibleria que ahoga toda religión en algunas iglesias antiguas. En estas Iglesias en donde destacan tan imponentemente el altar y un gran crucifijo y el tabernáculo el espíritu de toda la comunidad se centra mejor en lo sustantivo del acto de religión, en la gran devoción, en la redención y en la eucaristía.

Las imágenes de los santos casi no existen. En muchas iglesias se colocan a la entrada o simplemente fuera del santuario estatuas de la Virgen o en altares laterales. Casi siempre tallas de madera o en piedra, destacándose puras y simples sobre fondos sin artificio. El efecto estético es así más puro.

Hacia esta misma sencillez parece que se encaminan las tendencias de los mismos sistemas de construcción. Los materiales son utilizados sin artificiosas combinaciones: la piedra, la madera, el ladrillo, el cemento, la cal se componen en severas unidades que prestan un austero simbolismo de concordancia, como un silencioso acto de presencia de la materia inanimada en el misterio del sacrificio.

Una laudable tendencia a evitar distracciones del acto central del templo obliga a los arquitectos a ingeniarse para disimular los confesionarios que quedan patentes y de cómodo acceso para quienes deseen confesarse, pero ni molestan durante las ceremonias ni afean con sus bultos las naves del templo.

Nosotros que venimos de España y de Italia entramos en estas iglesias alemanas con curiosidad. Para los alemanes no existe esta curiosidad. Ellos construyen ya todas sus iglesias en este estilo. Para estos niños de después de la guerra, los crucifijos estilizados y los altares desnudos son tan normales como para nosotros los Cristos de Montañés o de Velázquez. Visitando los colegios de niños y niñas de Alemania se observa que en las clases de pintura y dibujo se les enseña muchísima pintura modernista y que en los dibujos que los niños hacen por su cuenta reproducen o crean por su cuenta en los estilos más abstractos. Prueba de que eso es lo que más les hiere en la vida. Junto al estilo de líneas modernistas abunda mucho la reproducción en los estilos ingenuos de los primitivos tanto de la Edad Media como de los orígenes del cristianismo. Se repiten escenas de piedra de las catedrales antiguas o se reproducen figuras de Giotto y de Fra Angelico o las líneas de las pinturas encontradas en las catacumbas. Cuando no se crea arte nuevo, moderno, la decoración se escapa hacia lo primitivo buscando un refugio de soledad, primitivismo, pureza, verdad y sencillez. En el renacimiento, el barroco y el romanticismo se sospecha mucha insinceridad, política, ornamentos, exceso de escuela, de fórmulas, de convencionalismo, de hipocresía. Esta nueva generación que nace de las cenizas de la guerra, hija del hambre del sufrimiento, moldeada en tan crueles desengaños y sobre la que aun pesa la amenaza de otra más total destrucción, no siente atracción en los fondos de su espíritu más que en una forma artística que le ayude a expresar lo esencial, lo sustantivo. Una vida hecha de trabajo, de austeridad y sufrimiento, no descansa en un arte de colores y formas, de follaje y frutos de abundancia, de molicie. La actual generación alemana ha reconstruido sus ciudades a base de abnegación, de muchos años de privación, de disciplina y de trabajo y se complace en estas iglesias que están a tono con su nueva mística de la vida. Rompeolas del materialismo marxista las iglesias alemanas levantan sus paredes altas y desnudas sin dar lugar a confusiones ni sugerir, con un arte excesivamente complicado y exhuberante, dudosas complicidades. Los templos no son aquí adornos, ni lujo, ni reliquias históricas, ni objetos de vanidad, ni anacronismos sino un elemento más en la ciudad moderna a tono con las chimeneas de las fábricas, con las fachadas de los teatros.

Lo cual no quiere decir que esta corriente de novedad en el arte sagrado rompa con la belleza de la tradición. Precisamente en muchos casos la habilidad de los arquitectos ha estado en haber sabido combinar elementos arquitectónicos fundamentales de estilos antiguos, de esas líneas del románico o del gótico o del bizantino, pero liberándolos de la rutina y las

deformaciones que siglos de copia vulgar les habían añadido. ¡Qué agradable es el topar con iglesias enteramente nuevas, audaces, de líneas avanzadísimas y sentir que le sonríen a uno desde sus ángulos con perfume de iglesias románicas! En esto del arte hay, mil maneras de llegar a la expresión de la belleza y cuando se llega a la belleza verdadera por cualquier camino que se llegue, lo antiguo y lo nuevo se encuentran.

En el fondo del corazón hay siempre una raíz que alcanza hasta las últimas épocas de la historia. Esa raíz que nos hace sentirnos solidarios con todo el pasado es más fuerte que cualquier tentación de olvido. Siempre, a pesar nuestro, estaremos atados al mundo fabricado por nuestros muertos. Y esto es tan cierto, como en cualquier otra parte, aquí en la Alemania que no parece discurrir más que para el porvenir. "Esta piedra —me decía el Doctor Hoffner, Director del Instituto de Sociología de la Universidad de Munster— es recuerdo de mi iglesia de Tréveris destruida completamente en un bombardeo. "La tiene incrustada en una pared de adorno de ladrillo en su casa de estilo modernísimo. Y lo mismo ocurre en las iglesias. En Dortmund se visita, como último grito de estilo moderno, la Iglesia de San Bonifacio. Y sin embargo esta iglesia ultramoderna es un poema de ternura y de amor al pasado. Para realizar las nuevas líneas de la actual Iglesia se tuvieron en cuenta los restos de la pared y de torre que quedaban en pie en el bombardeo, no porque tuvieran ningún valor para la construcción sino por cariño y gusto de lo pasado que cuanto más pasado es más nuestro.

He creído conveniente terminar con esta observación para que no se desfigure el carácter de esta corriente promodernista del arte sagrado de Alemania, que también existe muy fuerte en Francia y otros países. El espíritu que busca nuevas formas de expresión demuestra que vive con fe en el porvenir y en la capacidad creadora de las fuerzas humanas admirando, respetando las realizaciones humanas pasadas. El pecado que puede haber en esta revolución de renovación de la arquitectura religiosa es venial si se compara con el mortal que en otros países se comete, en donde se construye tanto con tan poco realismo y originalidad.

NUEVO ESPIRITU PARA NUEVA HISTORIA

La casa en donde vivo en Dülmen (Westf.) está rodeada por una amplia huerta. En medio de la huerta hay un edificio nuevo y grande que sirve de vaquería y pajar. Entre la vaquería y nuestro pabellón hay una construcción singular que me llama la atención. Es una especie de barracón alargado en forma de tunel. Tiene aspecto de ser ahora algo así como gallinero.

—Ahí vivimos después de la guerra, cuando los bombardeos nos destruyeron todo, —me dice Schwester Zósima.

—¿Cómo? ¿Ahí vivían las monjas? —le pregunto extrañado.

—Qué, las monjas!! Y todos los ancianos!

—¿Cuánto tiempo?

—¡Tres años, Padre, tres años...!

¡Qué pesadilla, los bombardeos! Nuestra congregación perdió cien monjas en los bombardeos. En una sola casa, de una vez murieron 54 monjas...

en un bombardeo a las tres de la mañana. No había sitio en el Bunker para todo el mundo. Teníamos el sistema nervioso destrozado. Día y noche los estampidos, las bombas incendiarias, las sirenas. Metidos siempre en los bunkers. Con los ancianos en los sótanos. Era un trabajo agotador. De día la lucha por la vida y de noche el horrible sobresalto de aquellas invasiones de aviones que machacaban nuestras ciudades, metódicamente, sin piedad, sin dejar piedra en pie. Los sótanos de los bunkers nos servían de salas de operaciones. ¡No sabe, Padre, cómo me dormía yo muchas veces en plena tarea de operación! No podíamos resistir...

La Hermana Zósima continúa dándome detalles de aquellos espantados años de la guerra. No pude sorprender ni una vez la menor expresión que refleja amargura o rencor contra los bombardeadores.

—¿Después de la guerra?

—¡Ah, todo mejor! Los americanos y los ingleses nos repartieron cantidades fabulosas de comida...

Y me lo dice con un acento de simpatía emocionante. Jamás un pueblo ha sido mas duramente castigado que lo fue el pueblo alemán por el diluvio de fuego durante dos años. Y el pueblo que recibía los latigazos, aplastado contra el suelo, horriblemente humillado y mutilado se ha levantado para dar la mano al que le hirió. Alemania salió de la guerra humillada y con humildad. Con conciencia de pecadora. No, que no se diese cuenta de que los otros fuesen pecadores también. ¡Cuando uno se siente pecador es tan fácil dar la mano a otros pecadores y perdonar para ser perdonado!

A un pueblo con humildad se le puede predicar como predicaba este invierno un jesuita flamenco en las ciudades de Westfalia pidiendo dinero para los prófugos de Hungría:

“Alemanes! Yo, un cura belga tengo derecho de pedirlos dinero para los húngaros, nuestros hermanos. Cuando terminó la guerra y vosotros os moríais de hambre y de frío, yo belga recorrí las ciudades de mi patria, pidiendo dinero para vosotros. Vuestra patria se echó un día sobre la mía y la pateó; vuestro ejército atravesó mi patria sembrándola de crímenes y torturas y yo anduve por aquellas ciudades de mi patria en plena borrachera de victoria, para decirles que vosotros, nuestros enemigos, nuestros verdugos, los incendiarios de nuestras ciudades, erais ante Dios hermanos nuestros y que os moríais de hambre. Y mis compatriotas, los que aun se sentían cristianos, me daban dinero para vosotros. Y yo recorrí las ciudades de mi patria pidiendo dinero para vosotros, los verdugos de mi patria. No os extrañe pues que hoy venga a pedirlos a vosotros dinero para otros hermanos nuestros que sufren hambre y frío...”

Un pueblo sin humildad no consentiría este lenguaje. Las comunidades alemanas escuchaban este discurso con la cabeza inclinada sobre el pecho. Gracias a esta humildad es hoy grande Alemania, no tanto por el poderío de su industria renacida cuanto por la admiración y la simpatía del mundo entero que ha sabido ganar con su magnánima manera de reconocer, olvidar y perdonar, todo a la vez.

Por añadidura la guerra tuvo para los alemanes tantas fases de signo contrario y todas violentas, signos de opresión política, de persecuciones religiosas y racionales, de fanatismo y exaltación patriótica, de sueños impe-

rialistas, de derrotismo, de desesperanza, victorias deslumbrantes y de derrotas catastróficas que de ella han salido sin fe en los slogans de cualquier clase que sean, sin fe en motivos proclamados y bien convencidos de que en las guerras son distintos los pueblos y los bandos que pelean, fáciles de nombrar y definir, pero es una, una sola la fuerza que los arrastra a todos a morir y matarse, una fuerza oscura, compleja, sin nombre y sin forma como los monstruos, que azuza aquí y allí, a nosotros, a ellos. Cuando se ha llegado a esta madurez política no se comprende por qué se ha de continuar alimentando odios históricos, repitiendo lecciones de geografía y diplomacia decrépitas, viciosas.

“Vamos a trabajar” se han dicho los alemanes. “Demos la mano a los ingleses y a los americanos y también a los franceses”. Y ellos han sido, en casi todas las iniciativas, de reconciliación europea los primeros en colaborar, en apoyar. Quizá sean también a la larga los primeros en obtener la recompensa. Lo cierto es que hoy el pueblo alemán posee una robusta moral nacional, sin nacionalismo, fenómeno bien esperanzador. Alemania es hoy un pueblo que si deja de armarse no es por miedo a morir y si se arma es por odio. Alemania es un pueblo que ha tenido en el alma la muerte y el odio. ¿Durará largo tiempo en el camino de la vida y del amor?

